

MEMORIAS DE UN CONDENADO (A) AMARTE

Floridor Pérez

Ediciones Reencuentro, Santiago de Chile, 1993

88 páginas

Desde su título, este libro de Floridor Pérez, su más reciente entrega editorial, podría sugerirnos una lectura centrada en el núcleo temático del amor. Ciertamente que aquel tópico es una de las mayores obsesiones de Pérez; amor con nombre y apellido: Natacha Aguilera o, simplemente (y mejor aún) Natacha, la presencia, la inspiración de una escritura morosa y a-morosa. Sin embargo, esta poesía, que no se asemeja a ninguna otra dentro de su generación y que (sin paradojas) no está dominada por el vértigo de la originalidad, posee varios centros o puntos de encuentro. Autor-hablante y lector-oyente son ahí el instante, el deslumbramiento: condenado *a amarte, a marte y a muerte*. Lo que queramos, aunque intentando no caer en las arbitrariedades gratuitas. La condición es encontrar la trama de esos múltiples centros.

Y para comenzar a tejer esa trama, veamos el primer poema titulado *Para traducir no hay que saber idiomas*: comienza con una cita de un supuesto *legendario poeta chino de la dinastía T'ang*: *Abandona a tiempo tu poesía o tu mujer*. Luego, el texto de Pérez hace un recorrido por las distintas opiniones-traduccioness (también supuestas) de un académico, un sacerdote y un psicoanalista. Sin violencia alguna, Pérez nos da, a estrofas seguidas, su divergente opinión, su doble fidelidad, imposible de sostener para cualquiera de esos tres personajes: *Entonces vine yo / y me abandoné todo el tiempo / a mi poesía y mi mujer. // Que era exactamente lo que había querido decir / el legendario poeta chino / de la*

dinastía de Li Po. Triunfo de la poesía y el amor en un texto que es el inicio de un notable conjunto poético. Como en Borges (y qué distinto a él es nuestro poeta) estas memorias contienen citas o glosas de textos cuya realidad parece estar sólo en el libro que leemos. Esto no importa ya que la única realidad suficiente para cada cita es su referencia en algún libro. En Pérez, el pretexto para escribir es la elaboración muy lúcida de un verdadero pre-texto. El poema-pórtico de este libro nos da, pues, luces, pistas, sentidos por los que deambulará este enamorado memorioso. Así, es posible ver el ejercicio prosístico de este poeta (*Tres cuadros: intermedio*); otras citas con sus respectivas respuestas (*Diarios, Matemorfosis en la zapatería, Caín ante el gran jurado*); la adopción de ciertas máscaras (nunca disfraces) en los poemas *Poeta de provincia dicta charla sobre reciente viaje al extranjero o Jorge Luis Borges mira jugar al ajedrez en una calle de barrio*; el saludo cordial a los infaltables *poetas yo-yo*; el convite que se le hace a Catulo para que se quede en estas páginas y, claro, el amor, siempre la ventolera del amor, presente en muchos poemas como el excelente *La sirena cautiva, London Bar, Natacha en casa*, etc. También hay la niñez, la adolescencia que vuelve con los hijos, la nostalgia. Todo ello junto al muy bello *Prólogo de la condena a escribirlo*, de María Nieves Alonso y las ilustraciones de la pintora Tatiana Álamos, entremezclándose a su vez con ese gesto que caracteriza a una buena zona de la poesía chilena del sesenta: la inclusión de poemas antiguos publicados en otros libros junto a textos nuevos, recurso que marca, como en el juego del ajedrez, el paciente movimiento de las piezas claves de un texto (de una memoria) que nos obliga a “jugarlo” lentamente, al ritmo de su gestación.

MARCELO PELLEGRINI
Universidad Católica de Valparaíso